



NOTAS DE FILOSOFIA

P. Alfonso López Quintás.

LA PROPAGANDA Y LA MASA

Mucho se ha hablado estos últimos tiempos de la propaganda como medio técnico de influir sobre los demás. Recientemente el escritor austríaco J. Roth ha intentado mostrar el papel satánico desempeñado por la radio en la Historia contemporánea. Y Gabriel Marcel, en su libro de título sintomático *Los hombres contra lo humano* plantea la siguiente pregunta: "¿Cómo se puede comprender que la Radio contribuya tan visiblemente al rebajamiento general del estiaje espiritual humano? Me veo llevado a preguntarme si el hombre no usurpa con ello, en el nivel casi siempre inferior que es el de su ambición personal, una prerrogativa que se manifiesta como una analogía caricaturesca de la omnipotencia divina. Un Hitler o un Mussolini, hablando ante el micrófono, podían verdaderamente parecer investidos del privilegio divino de la ubicuidad" (pág. 46). Ortega y Gasset, en 1937, escribía: "La masa arrolla todo lo diferente, egregio, individual, calificado y selecto. Quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo, corre riesgo de ser eliminado" (1).

En todos estos escritos, la masa y la propaganda aparecen íntimamente vinculados. El fin de este breve trabajo es centrar este espinoso tema en sus líneas

esenciales, con vistas a dejar en claro las lecciones que pueden sacar de todo ello quienes se dedican a crear formas humanas de habitación: los arquitectos.

Desde hace más de un cuarto de siglo se viene llamando la atención del mundo culto sobre el hecho de la creciente *marea de masificación* que amenaza anegar la civilización occidental. Las masas parecen invadirlo todo, y, como observaba Ortega, *sobra la gente en todas partes*.

Pero se da el caso que a los pocos años de haber sido lanzada la voz de alerta acerca de la llamada *Rebelión de las masas* se practicó en masa el *exterminio* mediante la movilización de las técnicas de envilecimiento y de represión más inhumanas que registra la Historia. ¿Hay alguna relación entre ambos fenómenos? Desde 1937, en que se publicó *La rebelión de las masas*, hasta hoy, han pasado en el suelo de Europa sucesos lo suficientemente graves para que el planteamiento haya de ser sensiblemente distinto. No se trata ya de describir brillantemente el fenómeno de la masificación, de la ascensión del pueblo a los niveles culturales, de la pérdida de los valores individuales, etc. Hay que observar las causas profundas.

Los fenómenos culturales más destacados para nuestro intento de los últimos tiempos son los siguientes. Siglo pasado y comienzos del presente: la Re-

(1) *Obras Completas*, tomo IV, pág. 148.

volución industrial provocada por el Liberalismo, y el progreso de la Medicina, que se traduce en un incremento notable de la población. Epoca anterior a la última guerra: el Totalitarismo (Nacionalsocialismo y Marxismo). Posguerra: el Existencialismo. ¿Qué significa todo esto para el fenómeno de la masa? La Revolución industrial es fruto del Liberalismo, en Economía, en Política y en Religión. De la amalgama de *intereses económicos* y *desinterés* por los problemas humanos que planteaba la naciente industria surge el *proletariado*, en Inglaterra y Austria sobre todo. Las descripciones al respecto de historiadores calificados son escalofriantes. Los individuos, faltos de todo apoyo, se ven obligados a buscar un precario poder en la unión de los impotentes. Son los *Sindicatos*.

La riqueza de Europa crece, pero la técnica del *laissez faire* no puede impedir que en 1933 haya más de media docena de millones de obreros parados en Alemania y Austria. Hitler sube al poder como un redentor, da una solución pronta al problema del paro, y se gana el favor popular. En 1936 fuerza las elecciones y se erige en dictador. Un solo guía: el *Führer*; un solo fin: el *Estado*. Se impone la razón de los hechos. No hay otro lema que la voluntad del jefe al servicio del Estado, como símbolo de la colectividad: Es el *colectivismo totalitario*. El antisemitismo, la persecución religiosa, los ataques bélicos, etc., son brotes de la misma enfermedad: la exaltación de lo vital frente al espíritu.

Basta pensar quiénes eran los filósofos oficiales del Nacional-socialismo: Nietzsche, Splenger, Klages, etcétera, para comprender cómo se pudo llevar a tal extremo la falta de respeto a la libertad de los demás. Falto de cuanto confiere al hombre dignidad, carácter irreductible, valor de eternidad, el hombre queda a merced de los usufructuarios del poder público.

En el desconsuelo de la posguerra surgió el movimiento existencialista, como reacción frente a los excesos de los intelectuales a ultranza que no habían hecho pie en la realidad. Si nos atenemos a la forma de Existencialismo menos valiosa, pero más eficaz por haberse difundido a través de la Literatura, el Existencialismo de extrema izquierda de J. P. Sartre, diremos que es un ejemplo de la *desconfianza actual* frente a la inteligencia y el afán de evadirse a la responsabilidad que inaugura el espíritu sumergiéndose en lo vital. Ejemplo de ello es la novela *La náusea*.

Todo esto es muy grave, porque indica que no se ha sacado la lección que la última guerra quiso darnos: es decir, que debemos plantear los problemas del hombre a la debida altura, al nivel del espíritu.

Aquí es donde cobra toda su importancia el pro-

blema de la masa y la propaganda, que de modo esquemático quisiera exponer aquí.

Hablar de masa es tergiversar las cosas desde el principio. Porque se trata de una categoría tomada del ámbito de los seres naturales, de la técnica de la construcción, y no puede dar lugar sino a equívocos al ser aplicada a los problemas humanos. La masa se compone de elementos dispersos, sin unidad orgánica: células muertas sin más cohesión que la que les viene dada de fuera. Por eso si se quiere formar un conjunto que tenga carácter de masa hay que empezar por privar al hombre de cuanto le confiere personalidad. "El hombre, el individuo—escribe Marcel—, para pertenecer a la masa, para ser masa, debió previamente, por supuesto, sin tener la menor conciencia de ello, vaciarse de la realidad sustancial que estaba ligada a su singularidad inicial, o también al hecho de pertenecer a un pequeño grupo concreto. El papel increíblemente nefasto de la Prensa, de la Radio, del cine habrá precisamente consistido en pasar una especie de rodillo compresor sobre esta realidad original para sustituirla por un conjunto de ideas o de imágenes superpuestas y desprovistas de toda raíz en el ser mismo del sujeto. Pero entonces ¿no sucedería todo como si la propaganda viniese a traer una suerte de alimento a la especie de hambre inconsciente que sienten estos seres así despojados de su propia realidad?" (2).

Conviene aquí recordar que los vitalistas entienden al hombre *de abajo arriba*, es decir, tomando como módulo la vida del animal: "El hombre—dice Scheler—es un animal de instintos fallidos."

El Colectivismo nace de un despojo. Ante el Colectivismo el hombre se siente despojado, sólo en su individualidad enfermiza, desnutrida de realidad. Pero, por otra parte, y esto es lo trágico de la lógica de los fenómenos humanos, el colectivismo es la única forma de defensa contra la soledad de desamparo de quienes carecen del precario consuelo de los valores individuales. Su fuerza está en la unidad: millones de células muertas se dejan caer sobre las puertas de las fábricas y provocan una crisis. La fuerza del desamparado está en el número: la huelga necesita "masa", escalofriante expresión sintomáticamente infrapersonal.

La masa es amorfa, impersonal y fatalista, como una tromba de agua que se precipita sobre una turbina. A menos personalidad, más compacto es el grupo, más eficaz el proyectil. La vida personal, por el contrario, esponja la masa, porque la estructura le da fuerza interna de configuración, y le roba poder externo de violencia. La masa es espesa, porque es un *todo* en que los individuos se funden *sin unirse* orgánicamente. La unión exige estructura, configuración, y esto es luz para el entendimiento. La

(2) Marcel: *Los hombres contra lo humano*, pág. 111.

masa es neutra e incualificada, como conviene al demagogo, pues los valores no son arbitrariamente disponibles.

Los fenómenos de masa sobrevienen cuando las personas se convierten en meros individuos, por falta de vida auténticamente espiritual. No es cuestión de número, ni de carga de civilización, sino de *vida espiritual*, que consiste en *vivir distendidos en un ámbito de amor, de verdad y de belleza*. Cuanto lleve al hombre a enquistarse egoístamente en su yo acelera el proceso de masificación, que es un modo de enfermedad degenerativa muy difícil de curar cuando está en marcha. Pues en la vida humana cuando se desencadena un proceso se establece una especie de campo de fuerzas que hace casi imposible volver al punto de partida por esa interacción mutua de los fenómenos espirituales.

Aquí desempeña la propaganda un papel decisivo. Sin perdernos en detalles más o menos pintorescos, debemos preguntarnos si el fenómeno de la propaganda colabora a fomentar en el hombre las dos cualidades que caracterizan a todo espíritu sano: la *veracidad* y la *confianza*, esto es, la fidelidad a la autenticidad propia y el respeto a la autenticidad de los demás. El espíritu del hombre sólo florece en un clima de mutuo respeto, que sólo es posible cuando se vive al servicio de algo sagrado que afectando a cada uno en lo más íntimo de su ser los desborda a todos: *la Verdad*.

Ahora bien: la propaganda en la actualidad es un elemento necesario que viene impuesto por la lógica de la Economía. Las leyes de la Economía fuerzan a dedicar urgentes sumas a la propaganda. Los productos necesitan venderse en una determinada proporción. Urge, por tanto, *convencer* al público y *vencerlo*, vencer su resistencia a comprar y, lo que es más grave, violentar su libre albedrío en el momento de la elección. Forzada por el ritmo de la producción, la propaganda no se limita a cumplir su cometido de orientar, tarea plenamente legítima y fructífera, sino que se lanza a velas desplegadas al arte de dirigir la opinión pública según los dictados de intereses particulares. *La propaganda* es, por tanto, *violenta y unilateral*. Orienta y violenta a la par. Con el alimento inocular el veneno. Hace años hacía notar A. Carrel que la falta de sólidos conocimientos biológicos llevó a depauperar muchos productos alimenticios, el pan entre otros; prueba y consecuencia del desequilibrio existente entre las llamadas *Ciencias del Espíritu* y las *Ciencias de la Naturaleza*. Lo cierto es que la propaganda se hace pasar por un servicio al destinatario de los productos, pero a menudo está inspirada en exclusiva por los intereses del productor. En el fondo late un fraude. Se aplica a problemas humanos criterios de unilateralidad. Se quiere interpretar como convenientes *al hombre*, ser muy complejo, artículos cuya venta viene exigida tan

sólo por las necesidades internas de la casa productora.

Piénsese que se han hecho, por ejemplo, estudios experimentales muy detallados acerca de las reacciones de los asistentes a proyecciones cinematográficas con el fin de graduar y dosificar con la mayor adecuación posible los excitantes de la sensibilidad del hombre con vistas a obtener un máximo provecho comercial. Con ello se reduce al hombre, evidentemente, a la condición de *objeto de especulación económica*, como podría hacerse con un terreno, una planta o una res. Naturalmente, la agrupación de estos hombres da lugar a la masa, la masa de los espectadores que equivalen en la mente del industrial a una cierta suma de dinero.

De este modo llega un momento en que el hombre no sabe a qué atenerse, y pierde la confianza en la palabra de los demás, o sea en la *persona* de sus semejantes. Falto el hombre de personalidad por no servir a *la verdad* en una actitud de servicio a la personalidad de los otros, y de confianza en sus conciudadanos, la vida social pierde esa íntima conexión dinámica que la convierte en una *comunidad orgánica*. El pueblo se torna *masa*, reunión amorfa de individuos aislados. Y entonces surge el fenómeno de la *soledad*, que está a la base de todas las formas de angustia y *tedium vitae* que llenan las páginas de la Literatura actual. La angustia es el fruto inmediato del vacío que sigue a la pérdida de la personalidad.

Hoy debemos preguntarnos si la propaganda sirve al pueblo o lo domina. Nuestro mayor interés debe consistir en despertar en nosotros mismos y en los demás el sexto sentido de lo profundo, lo que exige, por misterioso y escondido, infinita reverencia. Lo que constituye al pueblo en un todo orgánico es el respeto de los hombres a sí mismos, no lesionando la verdad de la que vive su espíritu, y el respeto a los demás. Respetar es hacer el mayor obsequio a la personalidad de los otros, y una invitación a los mismos a tomar en serio esa inmensa tarea que es la propia libertad. Para ello hay que evitar en todos los frentes el *Individualismo egocéntrico*, que agosta el espíritu y vacía a la sociedad de cuanto le da consistencia y peso. Si vive el hombre como persona, abierto a los demás en un impulso de servicio a la verdad común e inamovible, se evita la desgracia del Colectivismo, que es un fenómeno correlativo al Individualismo.

La propaganda servirá al progreso del pueblo sin envilecerlo si responde a una forma de *libertad humana integral*: libertad para la verdad, para la *autenticidad de una vida en servicio a la verdad*.

Yo pienso que aquí se abre un extenso y nada banal capítulo a la labor de los arquitectos. Se debe construir *para el hombre* o, mejor, para la comunidad

humana, cuya célula es la familia. El hogar debe tener personalidad, y a dársele tiende eficientemente la Arquitectura. Pero ¿qué ámbitos se construyen en nuestras ciudades para el pueblo como tal, para los hombres en comunidad? Las calles son para los hombres en circulación. Pero lo importante no son los hombres que pasan, sino los hombres que están. La vida es estar en un sitio. El pasar es tránsito para el estar. La falta de lo que en artículo reciente llamaba Juan Gómez de la Huelga *espacios habitables* hace a nuestras ciudades sencillamente inhumanas. Habría que proyectar a escala verdaderamente humana, no a impulsos de meros intereses económicos o urbanísticos.

EL HOMBRE DE LA BARRACA

"El hombre de la barraca tiene unos cuarenta y cinco años. El cabello, gris. A primera vista, podría tomarse por una sonrisa irónica cierto pliegue del semblante; mas, poco a poco, comprendemos que este pliegue debe de tener otro significado, pues es inmutable: hay que pensar, más bien, en una especie de congelación de sus rasgos. Este hombre ha poseído un hogar, una casa con sus muebles, tierras, una granja, ganados. Tenía padres, una mujer, hijos; tenía vecinos con quienes estaba familiarizado. Pero ya no posee más que lo que lleva encima. Trabaja ocho horas al día, quizá en la reparación de una carretera; tiene qué comer; la comida es incluso buena. Cuando no está demasiado cansado, puede buscarse en el pueblo pequeños trabajos complementarios, que le valdrán un suplemento de alimentación o un poco de tabaco. No se puede decir que la colectividad no se haya ocupado de él; tampoco él lo diría. Habla poco, siempre con lentitud y con reserva. Habla de lo que poseyó en otro tiempo, de los suyos, de su granja, y, al hablar de esto, vuelve a ser un ser humano en el presente, cuando lo era sólo en el pasado; luego, recae en su mutismo. Pero antes ha planteado una cuestión, siempre la misma, para la que, ciertamente, no espera obtener respuesta: "¿Quién soy yo?", pregunta; "¿por qué vivo, y qué sentido tiene todo esto?"

"El Estado no puede responderle. El Estado no conoce más que conceptos abstractos: empleo, reforma agraria, etc. Lo mismo pasa con la sociedad en general: lo que existe para ella es la ayuda a los refugiados, los socorros de urgencia, etc.; abstracciones siempre. En el mundo del Estado y de la sociedad, este hombre ya no representa ninguna realidad viva. Es un número sobre una ficha, es un expediente formado por una infinidad de fichas, cada una con su número. Sin embargo, este hombre no es un número; es un ser vivo, un individuo, y, en cuanto tal, nos habla de una casa, de una casa bien determinada, que fué la suya; nos habla de los suyos, que fueron también individuos; de sus ani-

males, cada uno de los cuales tenía un nombre... ¿Habrá otro hombre, un individuo como él, que sea capaz de aclararle las cosas? Podrá hacer los mayores esfuerzos para introducir a nuestro hombre en su propia vida, en su propio universo; podrá incluso compartir con él lo que posee. Pero esta vida, este universo, no son intercambiables, y ni siquiera esto sería una respuesta."

"Nada preparaba a nuestro hombre para tener que plantear semejante cuestión. En otro tiempo, sabía quién era y por qué existía, y, cuando, al calor de su relato, vuelve a convertirse por algunos instantes en un hombre vivo, lo sabe de nuevo. Pero los años pasan. Y él está atormentado, minado por esta cuestión sin respuesta. Que esta cuestión surja ante el oscuro abismo de la nada, ante el vacío absoluto, tal es su destino. Un poder extraño e incomprendible le ha arrebatado todo lo que constituía su hogar, todo lo que le permitía cobrar forma."

"Pero este hombre no está ahí simplemente por sí mismo, por su propia cuenta. Es, además, el último eslabón de un proceso histórico. Señala su última posibilidad. Hace treinta años que esta cuestión se prepara a surgir ante un continente entero, y muy pronto ante todo el planeta." (G. Marcel: *L'homme problématique*. París, 1955, págs. 11-14).

LAS TECNICAS DE ENVILECIMIENTO

"Por todos los medios, el perseguidor se dedica a destruir en un ser la conciencia, ilusoria o no, que este ser tiene como base de su propio valor. Es preciso que llegue a ser para sí mismo lo que se piensa o se finge pensar que es en realidad. Es preciso que aquel que efectivamente no vale nada reconozca su propia nada, y no basta que la perciba intelectualmente; es preciso que, además, la sienta, como sentimos un hedor de descomposición que nos obliga a taparnos las narices."

"Se inoculaba, con todo conocimiento de causa, el bacilo de la depravación en los seres humanos, para que los desmoralizase, para que los matase moral y físicamente, igual que los piojos y los demás microbios", escribe una rescatada. Está claro; no se trataba, para los verdugos, de inmergir a sus víctimas en condiciones materialmente tan abyectas, que, en muchos casos, era inevitable que contrajeran hábitos bestiales; se trataba, más sutilmente, de degradarlas, fomentando el espionaje recíproco, atizando entre los deportados no sólo el resentimiento, sino la mutua sospecha; en una palabra, de envenenar las relaciones humanas en su fuente, para que aquel que hubiera podido ser para otro un camarada, un hermano, se convirtiera en un enemigo, en un demonio, en un *incubo*." (G. Marcel: *Les hommes contre l'humain*. París, 1951, págs. 39, 37-38).